

# APRENDER A ENCONTRARSE, CAMINO A LA COMUNIÓN

**Daniel Arturo Delgado Guana, Pbro.**

Director del Observatorio Arquidiocesano de Evangelización

## Resumen

La débil adhesión a la persona de Jesucristo y a su proyecto del Reino exige una decisión de conversión eclesial, personal y comunitaria basada en el encuentro con Él. De la experiencia del encuentro se derivan las relaciones de comunión necesarias y capaces de transformar la historia. La Iglesia está llamada a ser escuela de encuentro en medio de un mundo enfermo de miedo, individualismo e indiferencia; y la fuerza animadora de esta nueva cultura ha de ser la misericordia.

Palabras clave: Iglesia, conversión, cultura del encuentro, comunidad, misericordia.

## Abstract

The weakness in adhering to Jesus Christ and his Kingdom requires converting the individual, the community and the Church based on encountering the Lord. This encounter provides the roots to the relationships in communion that can and are necessary to change history. The Church is called to teach encounters, in the midst of a world ill with fear, individualism, and indifference. Thus, mercy is called upon to be the motivating force of this new culture.

Key words: Catholic church, conversion, culture of encounter, community, mercy.



## 1. Cultura del encuentro en un país de desencuentros

Si se quisiera resumir en una sola expresión el mensaje más contundente de la visita del papa Francisco a Colombia, sin duda sería: ‘Aprendan a encontrarse’. Y esto es evidente, desde el lema de su visita “Demos el primer paso” –que “empuja a ser los primeros para amar, para crear puentes, para crear fraternidad” y que implica “acercarse, inclinar-

se, tocar la carne del hermano herido y abandonado, y hacerlo con Cristo, el Señor convertido en esclavo por nosotros” (Francisco, 2017a)- hasta el llamado a “seguir caminando juntos cada día para ir al encuentro del otro, en busca de la armonía y la fraternidad” (Francisco, 2017b, 141), todo, tuvo como proemio y colofón la llamada imperiosa a generar una auténtica “cultura del encuentro”.

*¿Qué hace que al papa le preocupe tanto el tema del encuentro?*<sup>1</sup>

El papa siente que el mundo entero está enfermo de desencuentro, de ahí la inhumanidad en que se mece la vida del planeta.

<sup>1</sup> En los cuatro evangelios se invoca el “encuentro” en 83 ocasiones: en episodios de la vida de Jesús y como inflexiones del verbo encontrar y su reflexivo encontrarse. En el documento de Aparecida se menciona en 108 ocasiones. Por su parte, en los documentos del Plan de Evangelización de la Arquidiócesis de Bogotá se le menciona también con frecuencia: 31 veces en el documento “Plan E”, 100 veces en “Fundamentos teológicos y pastorales del nuevo paradigma de evangelización”, 82 en el documento “El Gran Giro” y 32 en el documento “Nuevo Rumbo”.

## ¿Cómo desandar el camino mal andado, cómo desaprender la manera de encontrarse como enemigos entre hermanos?

Con seguridad, la enseñanza y el testimonio de Jesús de Nazaret siempre se dirigió al encuentro del hombre, sobre todo del pobre y desposeído, del necesitado de salvación para obrar sobre él la misericordia del Padre. Pero también lo impulsa su vida cargada de dificultades y tocada por múltiples experiencias de desencuentros (Ivereigh, 2015)<sup>2</sup>. Por otra parte, la constatación de que el mundo de hoy ha perdido la capacidad de maravillarse, de sorprenderse en el encuentro con el otro que emerge como un don y, por el contrario, se ha habituado a ver, en los semejantes, potenciales enemigos contra los que solo vale prepararse y enfrentar de manera reactiva, genera un estado permanente de desencuentros y de conflictos que buscan resolverse por la vía de la violencia.

Los desencuentros son la semilla de la guerra, así lo dijo el papa al pueblo mexicano: “Las guerras se van gestando ‘de a poquitos por la mudez y los desencuentros’” (Francisco, 2016). Y fue esto lo que encontró el papa al llegar a Colombia: un pueblo que hace ensayos de encuentro y que tropieza en su intento con el miedo, con los odios, con las heridas frescas de la guerra y con la desconfianza generalizada. El papa no se enteró de oídas; él vino a palpar las heridas de los cuerpos mutilados, de las víctimas desplazadas, de los desmovilizados; vino y se inclinó para poner vino y aceite en las heridas enconadas de todos; el papa vino, tocó y corroboró que la mayor enfermedad del pueblo es su incapacidad de encontrarse y que esta incapacidad se ha ensañado en el corazón de muchos. De ahí su clamor: “Aprendan a encontrarse”

Por otro lado, el papa comprueba cada día que la particular historia colombiana, teñida por guerras políticas, desigualdades sociales, violación de los derechos humanos y depredación irracional de las riquezas naturales es un fenómeno de carácter glo-

<sup>2</sup> Véanse sobre todo los números 3, 4 y 5 en Austen Ivereigh, “El gran reformador” (Ivereigh, 2015).



bal, que no es propiedad única ni exclusiva de colombianos que llevan en su ADN la violencia (Wills, 2016). El papa siente que el mundo entero está enfermo de desencuentro. De ahí la inhumanidad en que se mece la vida del planeta: las guerras, la monstruosidad de los arsenales nucleares, las hambrunas, la prevalencia de la cultura de los intereses personales por encima del bien común, el afán de la tenencia desmedida de bienes materiales que ocultan la posibilidad del bien ajeno y la apuesta por el bien de todos, y que termina justificando toda clase de prácticas criminales e ilegales. También el papa sabe que en el seno de la Iglesia hay una profunda cultura del desencuentro y no lo calla.

El papa habló a Colombia y en sus alocuciones se dirigió al mundo entero con voz profética, alertando sobre la necesidad de correr el riesgo del encuentro como camino ineluctable de supervivencia. La humanidad está en peligro y solo la generación de una cultura del encuentro podrá garantizar un futuro menos azaroso que el que hoy se impone. El tema, como se ve, no es de necesaria connotación religiosa: aunque, para el papa, todo comienza en el acto de amor libre de un Dios que sale de sí, que se hace migrante, que se exilia de sí mismo por amor, que encuentra al hombre y se deja encontrar, que está en la constante búsqueda misericordiosa de la humanidad de la cual se hace servidor, también para él es claro que la realidad del desencuentro toca todos los campos de la vida secular y afecta la estabilidad de las relaciones humanas amenazando con la destrucción de sus estructuras desde las más primarias hasta las más globales y preponderantes.

## 2. Estructuras económicas injustas: el tener por encima de la persona<sup>3</sup>

El drama de las desigualdades sociales, desde la variable de la economía, es apenas parte del proble-

<sup>3</sup> Un estupendo tratado sobre el peligroso desencuentro de la humanidad en el campo de la economía y que le mereció el premio Nobel, lo hizo Joseph Stiglitz. Con enfoque humanista, puso el dedo en la llaga sobre la gran brecha entre el 1% y el 99% en que está dividida la humanidad, cuando se enfrentan el campo de la producción con el beneficio de las grandes multinacionales. Dos bloques irreconciliables y sin embargo dependientes el uno del otro; y entre un análisis y otro, con la voz de un profeta posmoderno, clama por una economía sana y una democracia justa que permita cerrar la gran herida que padece el mundo (Stiglitz, 2016).

## El encuentro con Cristo presupone una actitud permanente de salida, descentrarse de los propios intereses y comodidades, poner la mano en el hombro del hermano e inclinarse para tocar su carne herida.

ma que el papa aborda una y otra vez en su magisterio y que encontró enquistado en Colombia, como segundo país más desigual en América Latina, después de Honduras, y como séptimo país con esta deuda de justicia entre todos los países del mundo (Monterrosa, 2017). Las desigualdades económicas son sin duda generadoras de la más amplia gama de formas de desencuentro y detonante de muchas de las expresiones de violencia en el mundo y en Colombia. Las palabras pronunciadas en la Plaza de Armas del Palacio de Nariño en Bogotá dejan sentir la desazón del sumo pontífice al hablar de los esfuerzos por construir una paz duradera, olvidando que la persona humana es principio y fin de la misma. Por eso, llamó con carácter de urgencia a luchar “para favorecer la cultura del encuentro, que exige colocar en el centro de toda acción política, social y económica, a la persona humana, su altísima dignidad, y el respeto por el bien común” (Francisco, 2017b, 16).

El papa es consciente de que la brecha que divide la sociedad entre muy ricos y miserables es inmensa y que su deber es poner en el centro de la reflexión a la persona humana y su situación en el mundo contemporáneo, muchas veces distante de las exigencias objetivas del orden moral y de las exigencias de la justicia, más aún del amor social (Juan Pablo II, 1979).

### 3. “La política” o la táctica del enfrentamiento

El papa Francisco vino al país con la democracia más antigua de Latinoamérica y con el conflicto ar-

mado más antiguo del continente. Un país de grandes contrastes en el que el dato de la guerra y la multiplicidad de formas de violencia no dan muestra de la robustez democrática colombiana y de la madurez de sus instituciones (Orjuela & Contreras, 2018).

Los diferentes enfoques de país, la sombra del enfrentamiento armado, la vocación dictatorial de algunos gobernantes, la corrupción en todas las esferas sociales y políticas, los mesianismos emergentes y el problema inocultable del narcotráfico han generado un ambiente contaminado, que ha servido de campo de cultivo y usufructo para los inescrupulosos que estratégicamente instan al miedo y al rechazo de todo lo que pueda sonar a diferencia. El resultado es una Colombia polarizada con niveles similares o superiores a la polarización que dio lugar a la guerra política de la década del 50 (González, Bolívar, & Vásquez, 2003). La enorme brecha creada y azuzada desde las dos orillas del debate político -izquierda y derecha con sus diferentes tonos de gris- han conducido al país a desgarrarse entre buenos y malos, entre víctimas y victimarios, entre amigos y enemigos de la paz o sencillamente entre facciones históricamente irreconciliables de una misma sociedad.

Ninguno de estos fenómenos fue ajeno al mensaje del papa Francisco. Su evidente cariño por esta tierra lo dejó manifiesto en la llamada obstinada al encuentro, al perdón, a la opción por la persona y a la generación de leyes capaces de restituir en justicia a los oprimidos, a la valoración suprema de la vida y a su respeto y promoción, sobre todo la más débil e indefensa.

*La Iglesia, en fidelidad a su misión, está comprometida con la paz, la justicia y el bien de todos. Es consciente de que los principios evangélicos constituyen una dimensión significativa del tejido social colombiano, y por eso pueden aportar mucho al crecimiento del país; en especial, el respeto sagrado a la vida humana, sobre todo la más débil e indefensa, es una piedra angular en la construcción de una sociedad libre de violencia (Francisco, 2017b, 18).*

Si es propio de la naturaleza humana ser con los demás y para los demás, es decir su ser intersubjetivo, resulta por demás paradójico que lo que menos quieran los miembros de una misma sociedad sea el encuentro, el respeto, la promoción y la preocupación por el prójimo y que, por el contrario, la opción fundamental se dirija hacia las fronteras de la existencia: el fracaso, el dolor, la soledad, la muerte.



¿Cómo puede una sociedad progresar descentrada del amor a la persona, de la promoción de la vida, de la admiración y del respeto del otro? ¿Cómo puede un país de profunda raigambre cristiana coherente la existencia de un modelo de Estado hecho sobre la base de la injusticia, la violación de los derechos y la resolución de las diferencias mediante el enfrentamiento armado? ¿Cómo desandar el camino mal andado? ¿Cómo desaprender la manera de encontrarse como enemigos entre hermanos? ¿Cómo desminar los corazones y dar el paso hacia el otro comprendiéndolo en la dignidad de su ser personal?

Los mensajes del papa fueron claros y contundentes, pero la sociedad colombiana acostumbra a “hamacarse” entre los discursos de los dueños de las redes y de los micrófonos que, califican y descalifican, que satanizan y canonizan a su antojo, y que, de manera sistemática y amañada, canalizan emociones, generan amores y odios, y llaman a esto con cinismo el arte de la política. ¿Cómo avanzar hacia la paz si quien quiere “hacer politiquería” (que no es lo mismo que política) debe especializarse en el arte de enfrentar en dos bandos a los hermanos de un mismo pueblo para alzarse con el botín de sus voluntades y los réditos que de allí derivan? (Arias, 2016).

Aprender a encontrarse es un arte, un arte que tiene profundas raíces antropológicas y cristianas, y

es aquí donde está el verdadero antídoto contra la guerra y la verdadera forma de participación política de los creyentes. Quizá es el aprendizaje menos tenido en cuenta en las grandes agendas educativas y en los procesos evangelizadores, en la liturgia, en la catequesis, en la planeación de la vida parroquial, en la vida consagrada, en los medios de comunicación, en los altos círculos académicos, en el buen ejercicio de la política y hasta en el trabajo de las diferentes experiencias propias de los carismas religiosos.

La cultura del encuentro no es un embeleco del papa ni una expresión de moda: es una necesidad en el hoy de la humanidad, cada vez más sumida en anonimatos, soledades, miedos y enfrentamientos. A Colombia, desde el Parque Las Malocas, el papa pidió con tono de ruego:

*Colombia, abre tu corazón de pueblo de Dios, déjate reconciliar. No le temas a la verdad ni a la justicia. Queridos colombianos: No tengan miedo a pedir y a ofrecer el perdón. No se resistan a la reconciliación para acercarse, reencontrarse como hermanos y superar las enemistades. Es hora de sanar heridas, de tender puentes, de limar diferencias. Es la hora para desactivar los odios, renunciar a las venganzas y abrirse a la convivencia basada en la justicia, en la verdad y*



esta base y fundamento deriva todo el caminar de la Iglesia, que debe tener como centro de todos sus esfuerzos al hombre (Juan Pablo II, 1979).

El encuentro con Cristo presupone entonces una actitud permanente de salida, un descentrarse de los propios intereses y de las propias comodidades, poner la mano en el hombro del hermano, inclinarse para tocar su carne herida (Lc 10, 25-37), “sin demoras, sin asco y sin miedo” (Francisco, 2013, 23). Es solo en ese salir y acompañar en donde se generan los verdaderos lazos de una comunión auténtica, en Cristo y según Cristo, y en donde se gesta la verdadera cultura del encuentro, capaz de transformar la historia. Salir de sí mismos es el gran reto de todo bautizado, un acto a veces heroico para el cual, si es preciso, hay que mendigar en la oración la capacidad de hacerlo y la generosidad para ofrecer algo de sí (Francisco, 2017b). Los dinamismos del nuevo paradigma (salir al encuentro, hacerse compañero de camino y fermentar) son costosos en medio de una cultura marcada por la indiferencia y el descuido del otro, que me pertenece.

En el fondo de la construcción del mencionado paradigma misionero de evangelización subyace un anhelo de encuentro humano y humanizante, capaz de vencer el frenesí, el miedo razonable y el programado, los egos solitarios y, con la luz del Evangelio, ordenarse a transformar, esto es, fermentar los dis-

“Espiritualidad de la comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios”

tintos ambientes y los contextos marcados por las desigualdades sociales, la transición socio cultural y religiosa, y el pluralismo.

#### 4.2 Cultura del encuentro, empezando por los sacerdotes

Hablar de cultura del encuentro, en los términos del nuevo paradigma de evangelización, como espíritu y herramienta para hacer vida la fuerza del Reino en medio de contextos tan variados y muchas veces

en la creación de una verdadera cultura del encuentro fraterno (Francisco, 2017b, 83).

## 4. La respuesta arquidiocesana

### 4.1 Nuevo paradigma de evangelización: evangelizar como experiencia de encuentro

El Plan de evangelización de la Arquidiócesis de Bogotá se la ha jugado por la puesta en la mente, la voluntad y el corazón de hombres y mujeres de buena voluntad, un paradigma nuevo de evangelización, con carácter misionero, que tiene como centro y aglutinante el encuentro con nuestro Señor Jesucristo y la fuerza escatológica de ese encuentro, como principio de comunión para la misión y la transformación de la historia.

En una evidente adopción de la luz del documento de Aparecida, que recoge a su vez el llamado del papa Juan Pablo II en la carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*, a volver a Cristo y dirigirse en todo

esfuerzo evangelizador a la persona humana, el paradigma misionero de evangelización asumió, como espíritu y herramienta, la tarea de construir cultura del encuentro. El nuevo paradigma lleva a comprender que ningún esfuerzo, por digno que sea puede deslindarse de la centralidad de Jesucristo y del hombre, cuando se quiere hacer caso a la construcción de la comunión querida por el Señor y que debe ser fuente de toda forma de encuentro transformador.

El papa Juan Pablo II dejó esta lección para la Iglesia en la *Novo Millennio Ineunte*: “No se trata, pues, de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste” (Juan Pablo II, 2001, 29). El papa se refiere a la inexistencia de una fórmula capaz de resolver los desafíos del momento presente, todos ellos atinentes con el bien de la persona humana y lo que a ese bien se opone. El programa es Cristo —dice—, es necesario volver a Él y recomenzar desde Él. De



tan opuestos al valor y la dignidad de la persona humana, es una opción de carácter estructural que toca la totalidad de la tarea de la Iglesia en Bogotá y que debe tener, como naturales artifices y promotores, a los primeros animadores de la evangelización. Ellos están llamados, desde su lugar de fe y de compromiso, a evidenciar cómo el Evangelio cobra vida en la persona y está en el seno de la comunidad.

La toma en serio de la responsabilidad de ser sal de la tierra y luz del mundo conduce al fortalecimiento renovado de la comunidad allí, en donde esta ya existe -o a la generación de la misma-, en donde se comunica por primera vez el mensaje de la salvación, porque es en la comunidad eclesial en donde se gesta y desde donde se irradia y expresa la auténtica vida cristiana en la experiencia del encuentro.

En este sentido, el papa Francisco fue enfático al enseñar, en primer lugar al episcopado colombiano, la delicada tarea de contemplar, en el Señor, su salida de sí en amor hacia el hombre y de contemplar en el hermano la oportunidad de dar hacia Él el primer paso que propicia el encuentro: “Déjense enriquecer de lo que el otro les puede ofrecer y construyan una Iglesia que ofrezca a este país un testimonio elocuente de cuánto se puede progresar cuando se está dispuesto a no quedarse en las manos de unos pocos” (Francisco, 2017b, 33). Arránquense de sí mismos, no tengan miedo al encuentro, por el contrario, gócese en caminar en contravía de un mundo que globaliza el anonimato, que atropella sistemáticamente lo comunitario y enaltece el pecado de los intereses individuales a cualquier costa; esta es la llamada que llega también a los más sencillos en los más distantes grupos humanos.

Desde el episcopado hasta las experiencias de los grupos de oración o de acción caritativa en cualquier campo de la acción evangelizadora, todos en la Iglesia están llamados a dar el primer paso generador de encuentro y a hacerse evidentes en el mundo en la vivencia de algo que es de la naturaleza humana: la “relacionalidad”; esta, permeada por el Evangelio de Jesucristo, se hace “comunitariedad” y esto es mucho más que una forma de asociarse, es una forma de comunión creada por el Espíritu, que resalta los lazos sacramentales y que mueve a un estilo de vida en la caridad y el servicio a la manera de Cristo, a la manera como san Pablo pide a la comunidad de Éfeso:

*Los exhorto, pues, yo, preso por el Señor, a que vivan de una manera digna de la voca-*

*ción con que han sido llamados, con toda humildad, mansedumbre y paciencia, soportándose unos a otros por amor, poniendo empeño en conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz. Un solo Cuerpo y un solo Espíritu, como una es la esperanza a que han sido llamados. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos (Ef 4,1-6).*

¿Cómo no considerar, desde este horizonte de visión, el especial llamado del papa, dirigido a la vida de los distintos colegios presbiterales en Colombia en donde debe germinar casi de manera natural la comunión como fruto de la fraternidad sacramental del orden y de la comunión de todos con el obispo? La comunión entre ellos –dice el papa- debe tener una paternidad, la paternidad del obispo: “Los sacerdotes requieren sentir que tienen padre” (Francisco, 2017b, 40). Con lo que manifiesta que la cultura del encuentro es imprescindible, cuando se quiere generar la comunión querida por Cristo para la misión encomendada. No habrá comunión sin encuentro; no habrá relaciones de comunión sin oración; no habrá comunión solo con las tecnologías; no habrá transformación de la historia si se descuida al otro, el padre al hijo, el hijo al padre, el hermano al hermano.

Es verdad que ser hombres en comunión para la misión es una vocación, pero esta se garantiza mediante un específico proceso de formación que comienza en la familia, se enriquece mediante los procesos de evangelización que la complementan, se consolidan en el seminario y se maduran en la vida del colegio presbiteral: “Los sacerdotes están unidos todos entre sí por la íntima fraternidad sacerdotal y forman un presbiterio especial en la diócesis a cuyo servicio se consagran bajo el obispo propio” (Pablo VI, 1965, 8). En virtud de la propia ordenación el presbítero forma parte de una familia en la cual el Obispo es padre. Nada, entonces, que conduzca al encuentro del que habla el núcleo del paradigma de evangelización puede ahorrarse, porque es de allí de donde brota la comunión y es desde ella desde donde puede lograrse la anhelada transformación de la historia.

Si bien el papa clamó por la consolidación de una auténtica cultura del encuentro para un país con tantas rupturas, enfrentamientos y polarizaciones su clamor se dirigió sin duda a la vocación eclesial de ser la primera casa y escuela de comunión, casa de encuentro, casa de misericordia y para el caso, son profundamente iluminadoras las palabras

de san Juan Pablo II en la carta apostólica *Novo Millennio Ineunte* que aquí transcribimos:

*Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo.*

*¿Qué significa todo esto en concreto? También aquí la reflexión podría hacerse enseguida operativa, pero sería equivocado dejarse llevar por este primer impulso. Antes de programar iniciativas concretas, hace falta promover una espiritualidad de la comunión, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades. Espiritualidad de la comunión significa ante todo una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado. Espiritualidad de la comunión significa, además, capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como “uno que me pertenece”, para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad. Espiritualidad de la comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un “don para mí”, además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente. En fin, espiritualidad de la comunión es saber “dar espacio” al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (cf. Ga 6,2) y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos asechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias. No nos hagamos ilusiones: sin este camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de la comunión. Se convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y crecimiento (Juan Pablo II, 2001, 43). ☉*

## Bibliografía

- Arias, M. (2016). *La democracia sentimental, política y emociones en el siglo XXI*. Barcelona: Página Indómita.
- Francisco (2013). *Evangelii Gaudium. La alegría del Evangelio* (EG).
- Francisco (17 de febrero de 2016). *Viaje apostólico del papa Francisco a México 12- 18 de febrero de 2016. Encuentro con el mundo del trabajo*. Obtenido de vatican.va: [https://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2016/february/documents/papa-francesco\\_20160217\\_messico-lavoro.html](https://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2016/february/documents/papa-francesco_20160217_messico-lavoro.html)
- Francisco (4 de septiembre de 2017a). *Videomensaje al pueblo de Colombia antes de su visita apostólica del 6 - 11 de septiembre*. Obtenido de vatican.va: [http://w2.vatican.va/content/francesco/es/messages/pont-messages/2017/documents/papa-francesco\\_20170904\\_videomessaggio-colombia.html](http://w2.vatican.va/content/francesco/es/messages/pont-messages/2017/documents/papa-francesco_20170904_videomessaggio-colombia.html)
- Francisco (2017b). *Francisco visita apostólica a Colombia. Homilías y discursos*. Bogotá: San Pablo - Paulinas-Conferencia Episcopal de Colombia - Arquidiócesis de Bogotá.
- González, F., Bolívar, I., & Vásquez, T. (2003). *Violencia política en Colombia: de la nación fragmentada a la construcción del Estado*. Bogotá: Cinep.
- Ivereigh, A. (2015). *El gran reformador: Francisco, retrato de un papa radical*. Santiago de Chile: Penguin Random House Grupo Editorial España.
- Juan Pablo II (1979). *Redemptor hominis. El redentor del hombre (RH)*.
- Juan Pablo II (2001). *Novo Millennio Ineunte. En el comienzo del nuevo milenio (NMI)*.
- Monterrosa, H. (16 de Noviembre de 2017). Según el Banco Mundial, Colombia es el segundo país más desigual de América Latina. *Diario La República*. Obtenido de <https://www.larepublica.co/economia/segun-el-banco-mundial-colombia-es-el-segundo-pais-mas-desigual-de-america-latina-2570469>
- Orjuela, C. A., & Contreras, F. V. (2018). Tras las raíces de la violencia en el contexto de la ciudad. *Faro*(2).
- Pablo VI (1965). *Presbyterorum Ordinis. Sobre el Ministerio y la vida de los presbíteros*.
- Stiglitz, J. (2016). *La gran brecha. ¿Qué hacer con las sociedades desiguales?* Taurus.
- Wills, M. E. (2 de Octubre de 2016). El retorno de lo humano y la nación anhelada. *El Espectador*.